



Ramón López Velarde

El obsequio de Ponce

Luis Ponce era un pesimista sincero. Su filosofía no era tomada de los renglones sistemáticos con que el convencionalismo de ciertos pensadores ha recargado el tono oscuro de la vida. Había deducido su pesimismo de la contemplación directa de los espectáculos del mundo, sin juicios teóricos anticipados ni fines preconcebidos, y, amorador leal de lo espontáneo, dejábase acariciar por los vientos de la prosperidad exterior, sin que juzgase quebrantada la rigidez de su doctrina, y consentía en complacerse en la onda tibia con que en el fuego interno del espíritu inunda, en ocasiones, los pensamientos, con plácido y leve misterio, sin que por ello se creyese inconsecuente con el criterio triste que, ciertamente, no tenía empeño especial en profesar. Luis Ponce era un pesimista que reía todos los días con risa franca.

Sus años eran de amor, como que andaba en la cumbre de los treinta, en la abundancia de las energías corporales, y en el cenit de la ilusión, si las ilusiones pueden calar el pecho de un soltero como Ponce, de pensamiento amargo y de tinta negra. Su amor participaba de la índole melancólica de sus ideas y se depositaba en las manos de Rosario Gil, creatura contemplativa y bondadosa sobre cuya cabeza caían ya las hojas huérfanas del otoño. Ponce encontraba en ella a la novia escogida que, por su aspecto de flor de otros mundos, invitaba a paraísos de idealidad, y que, en el cristal infantil con que sonaban sus palabras, hacía el don continuo de una brisa de paz que acallara el tumulto de las bajas pasiones. Y la amaba por su blancura pálida, que evocaba a la Renata de la novela francesa, y por el matiz de violetas difusas de sus ojeras perennes. La amaba con el sentimiento macizo del celibato que comienza a tener miedo a la chimenea sin lumbre y a los aposentos destartalados.

Pero Luis Ponce tropezaba en el programa de su dicha con un capítulo escabroso: el matrimonio. Razonador por hábito y de idiosincrasia cerebral que prevalecía sobre cualquier alboroto de la sensibilidad, él no podía, siendo pesimista, casarse, fundar un taller de sufrimiento, abrir una fuente de desgracia, instituir un vivero de infortunio, y lejos de esto, estaba resuelto a proceder con dura justicia y con lógica implacable, cegando los manantiales de vida en la parte de dominio que en ellos le correspondiese. En términos decorosos y con el estilo pintoresco y amable con que siempre hablaba a Rosario, Luis Ponce abordó la cruda cuestión:

-Tú sabes que, en la trama gris de nuestros días, el amor es el único punto de claridad que nos baña los ojos. La nobleza de tu alma y el sueño de la mía se confunden para ir sobre el barro y la miseria del mundo como una sola ala de luz. Llevo años de contemplarte como un espectro de niebla sutil que te borrasas a cada momento, como figura transparente que surgieses del crisol de las meditaciones de un místico. Es oportuno que sepas que para mí no podrás ser nunca más que una novicia que regase pétalos de austera piedad en un Zodíaco de ultratumba, sobre el que cayese, con lentitud y con gracia, el deshojamiento de los rosales eternos. En esta vida angustiosa y mezquina que nos maltrata, nada podrá haber entre nosotros más que la comunión directa de corazón a corazón. ¿Acaso tú quisieras vivir la vida como todos los que se aman?

-Yo quiero lo que tú quieras -respondió Rosario Gil sin titubear.

Ante la abnegación de aquella mujer que echaba la casa de su porvenir y la fecundidad de su sangre en el tapete de las filosofías turbias del hombre que la amaba, Luis Ponce, pesimista y soñador, saboreaba golosamente una felicidad sustanciosa y, pesimista y soñador, toda la noche estuvo arrobándose en la visión de la boca que le decía mansamente, con escondido heroísmo: «Yo quiero lo que tú quieras».

La llegada del doctor Montano a la ciudad era la nota culminante de la gacetilla de aquella mañana. Como agente de la reservada que viajara sin anunciarse, Juan Montano había descendido del ferrocarril a la primera llamada de la primera misa, entre los saludos desconcertados de los ancianos madrugadores y los comentarios inquietos de las doncellas del lugar.

Ya bien entrada la mañana, un vendedor ambulante dio el notición a Luis Ponce, en la calle, y el sincero pesimista, que gozaba particularmente con las efusiones de la amistad, obedeciendo su regla de abandonarse a lo espontáneo, se regocijó con el inesperado regreso de Juan Montano, el antiguo condiscípulo de preparatorios, que antes de cumplir dos años de médico había ya recorrido las principales clínicas europeas, en gira de perfeccionamiento. Muy bien se acordaba de Montano, con su rostro sanguíneo, su estatura pequeña, su alegría estrepitosa, su hablar fácil y deshilvanado y su carencia de ideas transcendentales. Pensando en el camarada de las aulas, volvió Luis Ponce a su casa y no tenía en ella media hora cuando Juan Montano en persona, colándose por zaguán, corredores, sala y recámaras como por tierra conquistada, entró súbitamente al escritorio de su colega de la primera juventud. Hubo abrazos y saludos cordiales.

-Pero, hombre, ¿qué aparición es ésta?

-Ya me conoces, yo soy así... Mañana es mi cumpleaños y quise estar aquí desde la víspera... Desde las vacaciones de tercer año de Medicina no había vuelto al solar paterno... Y agradéceme la visita, Ponce; eres el primero que busco... Y eso que apenas me he sacudido el polvo... Ya me conoces...

-Y ¿cuánto estarás entre nosotros?

-No sé; depende del negocio que traigo...

-¿Qué negocio, Montano?

-Sencillamente, casarme... No te asustes; ya me conoces.

-¿Casarte tú, que tendrás experiencia, que te guiarás por el cerebro?

-El cerebro sólo da malos ratos... Casarse es sencillo, como todo... A mí no me espanta... Yo no me enredo en historias metafísicas que lo vuelven a uno desabrido y seriote, como te han vuelto a ti... Me he divertido algo, no mucho, y quiero reposo... Además, voy a trabajar en forma, y estando casado lo haré con mejor éxito... El cerebro sólo da malos ratos... Ya me conoces...

El doctor Montano dialogaba con voz fuerte, un tanto chillona, y al accionar movía los brazos en una igualdad simétrica. Subrayaba el estribillo de su conversación con una sonrisa de satisfecha vanidad.

-Pero ¿quién es la dama? -interrogó Luis Ponce, con benévolo aire zumbón.

-Rosario Gil... Ya veo que te sorprende... Es natural, sabiendo que no es mi novia te confundes... Pero es que he pensado las cosas a mi modo... Ya me conoces... Mañana que es mi cumpleaños voy a proponerla que se case conmigo... Así, sin más rodeos... Nos conocemos desde chiquillos y ella es buena y hermosa... Creo que mi elección es acertada...

Luis Ponce asintió con la cabeza, desfallecido sobre el respaldo del sillón. Su primer impulso había sido de cólera contra el ladrón sonriente que lo despojaba de su tesoro más íntimo, contra el malhechor pulido y agradable que le asestaba un golpe cruel, contra el salteador de su ventura que aparecía, por fatal sorpresa, en su sendero de idilio, para separarlo de los brazos de su amada. El doctor Montano, con toda su pulcritud exterior, había venido con la llaneza de sus ideas y con su grosero sentir a volcar de un puntapié el vaso en que el adorador de Rosario Gil creía beber la escasa bondad humana.

Apagado el aliento de la ira en el organismo de Luis Ponce, se levantó inmediatamente en él, poseyéndolo de un modo entero, el egoísmo, dominante y calculador. Podía él, con la revelación brusca de su noviazgo, cortar intempestivamente los propósitos de Juan Montano, caballeroso en su vulgaridad, y que, con saber lo que ignoraba, desistiría para siempre de su peregrino proyecto. Pero un movimiento instintivo, que hasta después logró definir, lo mantuvo callado.

Quedó, por fin, bajo el imperio frío de la razón y se aquietó al extremo de poder bromear a su amigo que, despidiéndose, le decía al trasponer la puerta:

-Espero tu obsequio mañana, sin falta...

La herida había sido profunda y manaba copiosamente. Luis Ponce se sentía, en las intimidades de su ser moral, bañado en sangre. La mecánica de sus sentimientos, aunque se agitaba con furia, estaba regida por la reflexión, como por una soberana impasible. El análisis también lo torturaba, apretándole sin compasión contra las asperezas de la realidad. Viéndose acosado por la severidad de su propio criterio, llegó a apetecer que fuese exacta la opinión del doctor Montano... ¡Si, como él repetía, el cerebro sólo sirviese para dar malos ratos! Mas, al llegar a esta encrucijada de sus cavilaciones, comprendió que el desamparo lo volvía cobarde hasta querer abdicar de su entendimiento, y bajó, en un impulso de amor propio, a la sima lóbrega en que se desenvolvía su drama psicológico.

Si sólo estuviese interesada la felicidad de Juan Montano, en aquel conflicto malhadado, pasaría sobre ella como sobre una hojarasca. ¡Buen lobo carnicero era él para mirar dónde pisaba al atropellar a los vencidos! Pero ante la felicidad posible de Rosario Gil, era debido, era justo, meditar con sosiego.

Su novia se sometía a la perpetuidad del noviazgo... Así se lo había protestado con firme ternura. Para ella el matrimonio era un desenlace indiferente, al que había renunciado libre y gustosa, porque prefería, seguramente, las mieles efectivas de una devoción ya comprobada a la perspectiva de unas nupcias de conveniencia. Ningún

trovador, pues, la tentaría, aunque se le presentase con el cura de un brazo y el juez del Estado Civil del otro. ¿Qué tenía, entonces, que ofrecer el atolondrado médico, que no fuese impertinente y despreciable?

Pero, al discurrir así, abandonaba pronto el rumbo tranquilizador en que se engrería su conciencia. Según Luis Ponce, la conducta de la mujer, la de Rosario misma, era exclusivamente ocasional, y de este modo ella le había sacrificado, en ocasión de cariño, sus instintos maternales; pero él, cerebral ante todo, debía elevar su análisis por encima de lo contingente y de lo casuístico para resolver que ninguna diferencia fundamental apartaba a Rosario Gil de la legión femenina que prefiere un mediano marido a un excelente novio, cuya mejor prenda es nada menos que lo crónico de su noviazgo. Al hacerse blanco de sus propias ironías, Luis Ponce desataba el efímero vínculo de las efímeras palabras con que Rosario Gil se había unido a él, renunciando al porvenir, y la entregaba, con velos color de nieve y olorosa a azahar, en los brazos de Juan Montano, para que en una espléndida mañana de epitalamio se encerrasen en el cubo sombrío y asfixiante de la torre de la fecundidad, donde Rosario, como todas, multiplicaría los ayes y las blasfemias de la estirpe de Caín.

Con una lucidez firme comprendía el atormentado solterón su resistencia, hasta entonces no explicada, a revelar su noviazgo al doctor Montano: era el respeto instintivo a un derecho sagrado, al derecho de Rosario Gil para perseguir la felicidad por el camino que mejor quisiese. Él, Luis Ponce, no podía interponerse entre su novia y su condiscípulo, para frustrar un matrimonio, defendiendo un vano coloquio sin frutos exteriores, un poema en cuya prolongación Rosario Gil envejecía, como una rosa de claustro que se marchitase en un afán ultraterreno. Ciertamente, la amada era feliz con el recreo sentimental en que se complacía como en un ejercicio superior, con el trato ideal en que cosechaba nobles emociones; pero tal vez su dicha fuera más cómoda y más grata si en lugar de permanecer absorbida por una gimnasia prácticamente estéril, consagrara sus días a la vigilancia del fuego del hogar, bajo el techo de un hombre cualquiera, buen animal, más bueno de lo que manda el positivismo.

Hasta entonces, Rosario Gil había recorrido, del brazo de su amante, senderos de edén y florestas inmortales; con su amante había compartido la embriaguez de los éxtasis; con él había suspirado, viendo dibujarse sobre la inquietud de las nubes los vuelos de las aves locas; y con él se había sentado en el borde de un astro, para sumergirse en el silencio; mas ella podía descender a la tierra enemiga prosaicamente, sin ninguna vibración de alma, sin ningún sueño que la transfigurase.

Sí, él debía dejar el campo expedito para que la dulce amiga, la creatura predilecta, saliese del retiro milagroso en que era reverenciada por una emoción perenne; él debía apartarse para que ella, pálida como Renata y leve como las vírgenes de las estampas, guiada por un hombrecillo al uso, marchase a presidir una casa en que su ternura de sentimiento y su delicadeza de ideas fracasarían al contacto de un marido grosero y obtuso; él debía desaparecer para que su novia otoñal se inmolasen en las aras fértiles del himeneo, pagando su contribución de sangre, de tortura y de desencanto. Nada importaba que esa inmolación fuese, más que una obra benemérita, una obra ciega, si la amada prefería descubrir la primera cana y la primera arruga ante su espejo de matrona a descubrirlas ante su espejo de vestal. La fuga del tiempo era inapelable, y el tiempo no consentía más episodios de romanticismo pueril, más nombres grabados en el tronco de los árboles solariegos, más diálogos en las noches enlunadas, más iniciales sobre el vaho de las vidrieras en las tardes de lluvia, más cartas de vacuidad retórica.

Luis Ponce quería cumplir con su deber, aunque no por virtud, sino por justificarse a sus propios ojos. Y al afirmar su resolución, sentía que algo esencial moría, sin esperanza de resurrección, dentro de él; que en lo sucesivo, más que nunca la vida se le

presentaría como un drama necio, como una agitación absurda; y que sus hábitos de desprecio irónico serían impotentes para refrigerarlo con un poco de paz. Puso fin a la actividad de su cerebro y se sentó frente a su mesa a redactar la siguiente carta para el doctor Montano: «Amigo Juan: Rosario Gil deja de ser mi novia en el momento en que escribo estas líneas, porque quiero que esté libre desde antes de que te dirijas a ella. Esta carta es el obsequio que te envió en tu cumpleaños, y que será en vano que rechaces». Después apartó el papel, soltó la pluma y escondiendo la cabeza entre los brazos, prorrumpió en sollozos, como un estudiantino de gramática.
El Mundo Ilustrado, México, 12 de octubre de 1913

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

